

DONDE SE VUELVE Á VER EL ÁRBOL CON EL PARCHÉ  
DE ZINC

Algún tiempo después de los acontecimientos que acabamos de referir, el señor Boulatruelle experimentó una conmoción muy viva.

Como el lector recordará, el señor Boulatruelle es aquel peón caminero de Montfermeil, bosquejado ya en las partes tenebrosas de este libro.

Ocupábase en diferentes cosas á cual más turbia. Rompía piedras y desbalijaba á los viajeros en el camino real. Picapedrero y ladrón, soñaba sin cesar con tesoros enterrados en el bosque de Montfermeil, y esperaba el día menos pensado encontrar dinero al pie de algún árbol. Buscábalo, entretanto, en el bolsillo de los transeuntes.

Por el momento, sin embargo, era prudente. Acababa de librarse de una buena; pues, según en otro lugar hemos dicho, le cogieron en una buhardilla de Jondrette con los demás bandidos. Pero como para algo ha de servir tener un vicio, su borrachera le había salvado. No se pudo averiguar si estaba allí en clase de robado ó de ladrón; de donde resultó la providencia de «no ha lugar», fundada en su notorio estado de embriaguez aquella terrible noche. Marchóse en seguida á su camino de Gagny y Ligny para

ocuparse en echar piedra, bajo la vigilancia del Estado, abatido, meditabundo, disgustado del robo que estuvo á pique de perderle, y cada vez con más cariño al vino, su salvador.

En cuanto á la viva emoción que experimentó al poco tiempo de haber vuelto á su choza de peón caminero, vamos á decir la causa.

Una mañana que Boulatruelle se dirigía, como de costumbre, á su trabajo, y quizá al sitio desde donde acechaba, divisó entre las ramas á un hombre que estaba de espaldas hacia él; pero cuya traza, por lo que pudo juzgar desde lejos y á la luz del crepúsculo, no le era del todo desconocida. Boulatruelle, aunque borracho, tenía excelente memoria; arma defensiva indispensable á todo el que se pone en lucha con el orden legal.

—¿Dónde diablos he visto yo algo parecido á ese hombre?—dijo para sí.

Pero la única respuesta que se le ocurrió, fué que se asemejaba á una persona cuya imagen medio confusa tenía en la mente.

Por lo demás, Boulatruelle, prescindiendo de la identidad que no le fué posible fijar, hizo comparaciones y formó cálculos. Aquel hombre no era del país, y acababa de llegar á pie evidentemente; pues ningún carruaje público iba á tales horas á Montfermeil. Había andado toda la noche. ¿De dónde venía? La distancia no debía ser muy grande, pues no llevaba mochila ni lio. Sin duda, venía de París. ¿Por qué estaba en aquel bosque y á semejante hora? ¿Qué objeto le traía allí?

Boulatruelle pensó en el tesoro. A fuerza de atormentar su memoria, recordó vagamente haber tenido ya, muchos años antes, otra alerta por el estilo con motivo de un hombre que se le figuró podría muy bien ser aquel mismo.

Mientras meditaba, había bajado la cabeza, como cediendo á la presión del pensamiento; lo cual, aunque natural, fué poco hábil. Cuando la levantó, no vió ya nada. El hombre había desaparecido en el bosque y en las dudosas tintas del crepúsculo.

—¡Diablo!—dijo Boulatruelle,—ya le husmearé. Yo descubriré la parroquia de ese parroquiano. Yo sabré qué viene á buscar aquí ese paseante de Patrón Minette. En mi bosque nadie tiene un secreto sin que procure yo averiguarlo.

Cogió su pico, que era muy puntiagudo, y murmuró entre dientes:

—Hay aquí con qué registrar la tierra y á ese hombre.

Y después de estudiar lo mejor que pudo el itinerario del desconocido, se puso en marcha al través de los árboles.

A los cien pasos, el día, que empezaba á aclarar, le ayudó. Pisadas impresas acá y allá en la arena, hierbas tronchadas, matorrales rotos, tiernas ramas dobladas y que volvían á enredarse con la graciosa lentitud de una linda joven que estira sus brazos al despertar, le indicaron una pista. La siguió; pero no tardó en perderla.

Entretanto, el tiempo se pasaba.

Internóse en el bosque y llegó á una especie de eminencia. Un cazador madrugador, que cruzaba á lo lejos de un lado á otro silbando el aire de Guillery, le inspiró la idea de trepar sobre un árbol. Aunque viejo, era ágil. Había allí una corpulenta haya, digna de Titiro y de Boulatruelle, y el peón caminero subió á una de sus más altas ramas.

La idea era buena. Al explorar aquel sitio por el lado donde el bosque es más bravío, Boulatruelle vió de repente á su hombre.

En seguida le perdió de vista.

El desconocido entró, ó más bien se deslizó en un claro bastante lejano, oculto por grandes árboles, pero que Boulatruelle conocía perfectamente á causa de haber notado allí, cerca de un gran montón de piedras de molino, un castaño enfermo, con un parche de zinc adherido á la corteza. Este claro es el mismo llamado en otro tiempo el predio Blaru. El montón de piedras, cuyo destino ignoramos, y que estaba en aquel paraje hace treinta años, continuará aún allí sin duda. No hay longevidad como la de un montón de piedras, á no ser la de una empalizada de tablas, y más si reúne la circunstancia de provisional. ¡Qué razón más fuerte para perpetuarse!

Boulatruelle, con la rapidez que da la alegría, se dejó caer en vez de bajar del árbol. Había encontrado la guarida, y sólo se trataba ahora de apoderarse de la fiera. El famoso tesoro, objeto de sus sueños, estaba allí probablemente.

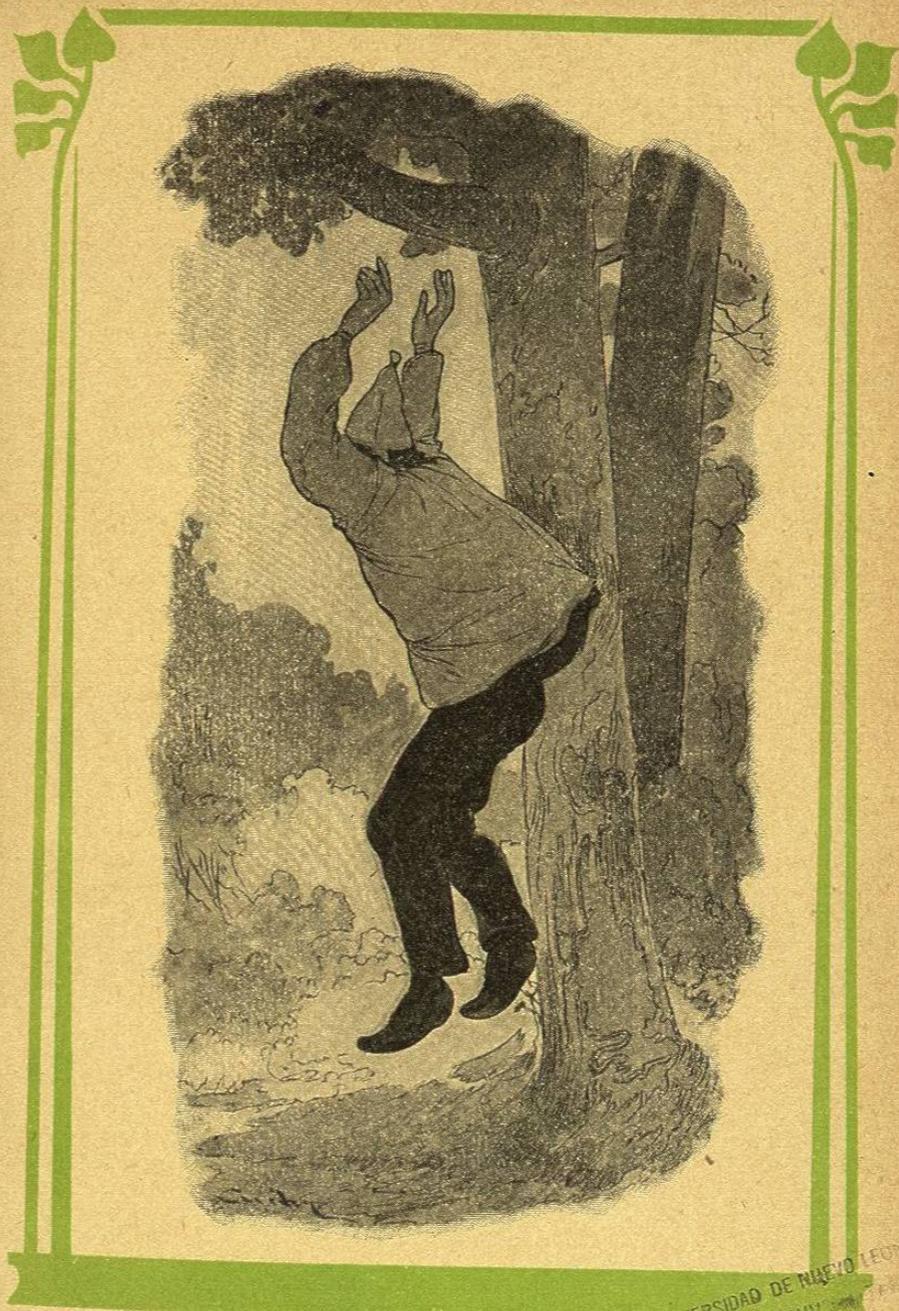
No era obra fácil llegar al claro. Por los senderos trillados, llenos de zig-zags, se necesitaba algo más de un cuarto de hora. En línea recta por el monte, allí sumamente espeso, espinoso y agresivo, había que emplear una media hora larga. Boulatruelle no lo comprendió. Creyó en la línea recta; ilusión de óptica respetable, pero que pierde á muchas personas. El monte, erizado y todo, le pareció el mejor camino.

—Tomemos por la calle de Rivoli de los Lobos, —dijo.

Boulatruelle, acostumbrado á caminar siempre torcido, cometió esta vez la falta de ir en derecha.

Internóse resueltamente entre las malezas.

Tuvo que habérselas con acebos, ortigas, espinos, agavanzos, cardos y zarzas; quedando arañado en extremo.



...se dejó caer en vez de bajar del árbol.

Al pie del barranco había agua, que le fué preciso atravesar.

Llegó al cabo de cuarenta minutos al predio Blaru, sudando, mojado, jadeante, feroz.

No vió á nadie.

Boulatruelle corrió al montón de piedras. El montón estaba allí; nadie se le había llevado.

En cuanto al hombre, ni su sombra. Habíase evadido. Pero ¿por qué lado? ¿hacia dónde? Imposible adivinarlo.

Lo más doloroso era que detrás del montón de piedras, al pie del árbol con el parche de zinc, se notaba la tierra removida, y había un azadón olvidado ó abandonado, y un agujero.

El agujero estaba vacío.

—¡Ladrón!—gritó Boulatruelle levantando y apretando los puños.